

Penosillo fué el trabajo del muelle al día siguiente: El chubasco había completado la obra del ciclón por culpa del cual nos tenían trabajando en el muelle dos meses justos. Recoger la piedra y amontonarla; luego, colocar pilotes más recios y grandes que a su vez quedarían sujetos por una armazón de rieles en forma de cubos. Las piedras chicas las acarreamos a mano; con ayuda de una cabria y un cabo grueso, sacábamos las grandes con más o menos torpeza. Unos sobre el muelle... allí estaban los consentidos de los capataces. Y dentro el agua, todo el día, para estrobar la piedra hasta izarla el aparejo y ponerla sobre el muelle, nosotros. Menos mal cuantos de salud gozábamos... ;pero los reducidos al último grado de miseria por el paludismo! Maldiciones de toda especie volaban de operario a operario sin cesar de inquirir si estaba o no el puerto cerrado.

Ya sea lo duro de la faena, ya por el aire frío que en todo el día sopló, me sentí en la noche acalenturado. ;La serie de patrañas que dieron asunto a mis pesadillas de esa noche! Daban vuelta en tor-

no de lo mismo: Un bote balanceándose sin descanso y cogiendo agua por sus bordas; el estertor de la moribunda... Después entraba en un estado de descomposición terrible... el abdomen desmesuradamente crecido... Avechuchos de toda especie hacían ronda en la barca... crascitando... crascitando... crascitando de un modo siniestro. Nosotros diz que cogíamos al Administrador y le amarrábamos espalda con espalda a la difunta con un cabo largo a fin de verle flotar... ;Claro! la difunta no podía sumergirse...

Luego emprendíamos todos el regreso a nado rumbo a la playa sin dejar de oír el ulular del vejete: "¡Desatadme...! ;Piedad...! ;Perdón... por Dios, desatadme!" Nosotros, por toda respuesta, le escupíamos al rostro estas palabras: ;Púdrete...! ;Está el puerto cerrado!

CAMPAMENTO GRAL. VEGA.

Diciembre de 1907.

no de lo mismo. La bota balanceándose
sin descanso y cogiendo agua por sus
bordas; el exterior de la mortuada.
Después entraba en un estado de descom-
posición terrible; el abdomen disminu-
yábase considerablemente. A veces de toda
espece hacían ruidos en la boca.
Trascurrido el tiempo, el enfermo
de un modo silencioso. Después de que
rogamos al Administrador y le amon-
tamos espaldas con espaldas a la difunta
con un cabo largo a fin de verle lo más
plano. La difunta no podía sumergirse
en el agua. Después de esto se
después comprendimos todos el error
y nada quedó a la plaza sin dejar de ser
el alfiler del velorio. Desistimos de
trabajar. Por Dios, Dios, Dios.
Trabaja. Nosotros por toda respuesta. Le
respondimos al rostro estas palabras: ¡No
trabaja! ¡Basta el muerto con sus
trabaja. Después de esto se
después comprendimos todos el error
y nada quedó a la plaza sin dejar de ser
el alfiler del velorio. Desistimos de
trabajar. Por Dios, Dios, Dios.
Trabaja. Nosotros por toda respuesta. Le
respondimos al rostro estas palabras: ¡No
trabaja! ¡Basta el muerto con sus

no autor del libro, este resumió a un
hombre que entendido de abstracción, fan-
tomas el juez en lugar de nosotros y re-
interesó sin duda de él en los días de
excluírse la verdad, en el mundo de
Fecundia. Debo decirte cuando tal cosa
ocurrió Saturnino y yo nos habíamos
casado en los días de la guerra con toda
mis convicciones más y la guerra con toda

ANITA

—¿Anteriormente te había maltratado
de obra o de palabra?

—Nunca.

—¿Entonces...?

—No lo entiendo...

Procuró poner en orden sus ideas a
tiempo que se arreglaba el vendaje. Una
de las heridas interesó la sien izquierda,
oreja y parte del cuello del mismo lado.
Incorporóse en la cama, y fijando en mí
sus ojos húmedos, agregó completando el
interrumpido pensamiento:

—Y decía no entenderlo, porque... va-
mos... Con franqueza... Saturnino lo
sabía, o ¿cómo diré? lo consentía. Verás:
Cuando le conocí, era comisario de un
juzgado; vivía en una vivienda cercana
a la mía, en la vecindad de... X. Desapa-
reció del juzgado cierta cantidad de dine-
ro, y aunque todos señalaban al juez co-

mo autor del robo, éste recriminó a mi hombre, que, enfurecido le abofeteó. Entonces el juez, en lugar de acusarle y temeroso sin duda de si en los líos iba a esclarecerse la verdad, me lo mandó al Territorio. Debo decirte: cuando tal cosa ocurrió, Saturnino y yo nos habíamos casado en toda regla. ¡Es natural! Eran mis veintidós años... le quería con toda mi alma... por eso le seguí.

Cuando me vió entrar en el transporte gritó rabioso: ¿Quién te manda seguirme? Por toda respuesta le abracé y se conformó. ¿Iba yo a pensar si viviría entre ustedes... si dormiría o no en la cuadra, revuelta con esas mujeres, y esos...? ¡Si a lo menos fueran ellos como tú!

Lo demás lo sabes bien. Nati nos llevó a vivir en su compañía ¡apenas! Cuando pretendió obligarme a... aquello, hice la burrada de avisarlo a mi marido y éste le puso negro a golpes. Como Nati es capataz ¡allá va mi hombre rumbo al puerto, a las obras del muelle! No sé cómo fuí a decirlo; de haberme callado, tal vez fuéramos felices todavía. ¡Felices!

Hice algo peor: hablar con el jefe de la corporación por si perdonaba a Sátor;

me ofreció traerlo sin apresurarse a dar la orden. Cuando le pregunté si era penoso el trabajo en que le tenían,—Horrible, hija—respondió devorándome con ojos de borrego a mal morir—¿Si es penoso? ¡Vaya una diferencia con la vida esta! ¿Cómo te lo explicaría claramente? Supón que te agarra tu marido a palos; esa es la vida de allá. Por el contrario... te toma así, te abraza así... te besa... así...

Y cual lo dijo lo hizo, sin tener yo el valor de evitarlo, ni la intención. Sorprendí en mí el despertar de una cosa muy fea. *Despertar* es la palabra, porque nada me pareció nuevo, y te juro no haberlo hecho nunca antes. A los tres días trajeron del puerto a Saturnino; nos fuimos a vivir en casa del jefe... y empezó el acuerdo, bien que no nos lo dijéramos. Yo pensaba: Por haberle creído capaz de robar cien pesos, abofeteó a su jefe, y su jefe era juez. ¿Cómo entonces pasa por esto, si es mil veces peor? En fin, si de preguntar se trata, ya tengo para preguntar de mí, días y más días.

Aunque dormíamos juntos, nunca le ocurrió interrogarme ni a mí decir algo de lo sucedido; en cambio, si por asun-

tos de la vida diaria reñíamos, se irritaba con facilidad terminando por darme la razón, y esto me ponía fuera de mí... ¡no golpearme...! De haberme sido posible, yo sí que le hubiera abofeteado. Al fin cierto día estallaron nuestros odios, con ocasión de haberle dado dos hidalgos para comprarme un chal... No puso en casa los pies durante una semana, y la noche del regreso aceptó una comisión del jefe a sabiendas de por qué le alejaban... Ya en la puerta, me suplicó le consiguiera diez pesos... ¡Oh, ese día creí firmemente odiarle! ¿Era el Saturnino por quien había yo venido a este infierno? Y ahora entra lo que no entiendo:

Un noche, a favor de la escasa luz que por las rendijas de la barraca se abría paso, le ví sentado muy cerca de mí, la cabeza entre las manos y procurando reprimir los sollozos... ¡El, llorando! Luego dijo sordamente: "La brecha es mejor." Se disponía a levantarse, pero le sujeté por las piernas.—¿A dónde vas? ¿Por qué lloras?—Y le alargué un pañuelo. Tentó la seda y ¡claro! debe habersele presentado de golpe todo... todo... Cuanto más me empeñaba en detenerle,

más y más se irritaba. Ya furioso, tomó el machete... y...

¡No me duele la herida, fué cualquier cosa; sí me duele no comprender a Sátur. ¿Me amaré? ¿Es posible?... No lo entiendo... no lo entiendo...

Cerró los ojos fatigada y lloró largo rato. Sentí respeto por ella; pobre víctima de los hombres, el medio y el clima. El vicio le envenenó el alma como el clima la sangre. Por eso cayó.

¿Podía yo hacer algo más sino ofrecerle aquel cubil de cuatro metros en cuadro, construido de "bajareque" y "guano," por el cual discurrían libremente sabandijas de toda especie, y en donde se colaba el sol por los intersticios... y eran en mayor número que la parte cubierta? ¿En donde el agua penetraba en avalancha, para salir por la parte opuesta de *mi edificio*; edificio sin más mobiliario que una piedra tallada en cilindro, probablemente por los indios, para algún templo, ni más cama que mi coy, suspendido de un caballete del jacal al opuesto?

—Aquí deseo estar a menos que me corras—. ¡Pobrecita! Deseaba yo con toda mi alma haber recorrido menos la vía

dolorosa de la existencia y poseer la virtud de la fe, para creer en la sinceridad de su arrepentimiento. Así y todo lo oía con verdadera fruición, si me relataba de cómo el jefe de la corporación pretendió retenerla; si ella resistió y cuando él apeló a la fuerza, y de allí pasó a sujetarla con sus manazas de simio, velludas, largas, enormes.—Antes con los perros. ¿Entiende usted? ¡Con los perros!—gritó ella y le escupió la cara, saliendo en busca de Sátur, a quien tenían bien preso.

Por supuesto, eso de estar preso en el Territorio, no es sino un recargo de pena; todo él es una penitenciaría custodiada, al interior, por los soldados y al exterior... por los indios. Algo sí transformaba en verdaderamente dolorosa la prisión de mi amigo: la pérdida de la esperanza y la fe, y así me explico su respuesta al oírme decir que Anita estaba en mi casa y allí le aguardaría hasta cuando estuviese libre.—No lo creas, estará contigo en tanto se cura... y al fin con todos. ¿No se te ha entregado? Bueno, ya lo hará.

En vano procuré disuadirle; sin objetar mis argumentos, conformábase con menear su cabeza desconsoladamente. Des-

hay necesidad de hablar de esa. Primero: "Yo soy muy hombre y lo de más allá, y me hago esto y lo otro con cualquiera..."

Después, llorar por todos sus compañeros de faena: por sus vestidos astrosos, pringados de cieno y con centenares de roturas; por sus cuerpos deformes y cenefos; por los fardos enormes llevados a cuestras. Y encarándose conmigo:

—Tú mismo, enclenque "refundido," a pesar de tus letras, llevas dentro de tí algo muerto: no sé si tu Dios, tu libertá o tu familia; pero llevas algo muerto; por eso te resignas a sufrir como un mal bicho. ¡Yo no! ¿Me ves llorar? pues es de rabia, mientras lo hago de alegría. Por allá, por ese lado viven para Chamula Dios y su libertá... la Libertá es un dios!

Y por último... roncar y llevarle a la cuadra.

LA CUADRA

Un jacalón húmedo con el piso erizado de piedras. Tiene veinte metros de largo por diez de ancho. Duermen en él, amontonados y en asquerosa confusión, más de doscientos hombres. Por abrigo, un

guiñapo de cobija; por almohada... su itacate.

Sólo el cansancio nos puede hacer dormir. Turicatas, niguas, conchudas y cuanto Dios creó en el orden de los bichos para tentar la paciencia, nos obligan a revolcarnos con desesperación. Y se debate de un lado al otro el montón de la carne enferma, hasta el toque de diana. Luego, el capataz, desde la puerta, por respeto al hedor desprendido de aquel antro, nos grita:

—¡Arriba, mulas!

Y avisarse... y tomar el agua sucia —vulgo café—, y a la tarea de siempre.

*
*
*

Como no logré en toda la noche probar el sueño, al oír a Fortunato preguntarme: ¿Cuándo?, respondí: Esta noche.

—Sea. Tenemos...

—Cinco pesos, veinticinco centavos.

Y reanudamos el trabajo al divisar a Sóstenes con las manos a la espalda y en ellas el azote.

Nos juzgó sin cobres y por eso en un tono si es agrio si dulce, nos dijo: "Esa tarea... esa tarea..." Y siguió de largo.

¡Alabado sea Dios, se marchó! Y sólo por hacer quedar mal a Dios, regresó preguntando:

—¿Cómo amanecieron?

—Limpios, mi Jefe; Chamula no tiene rienda. De jerez con caña y caña sin jerez, se llevó el dinero la turcada.

—Bueno, bueno; no entretenga y no más ruéguele a Dios no terminen su tarea...

Se fué.

Decididamente habíamos escogido mal día. Fortunato no cesaba de vomitar y le propuse dejarlo para mejor ocasión.

—No; esta noche. Me pondré bien. Vamos con Selim... un vaso de caña con naranja y me compongo... ya verás. ¿Cinco pesos, dos riales? ¡Pues sin sardina! A pan y agua... Ya le estábamos dando esta noche.

Mal haya quien aplaza para "mañana" sus resoluciones. El más valiente general, la guerra más cruenta, las prisiones, el destierro, la peste... nadie ha hecho mayor número de víctimas que el "mañana."

¡Oh, si le hubiera seguido la noche anterior!

Un vaso de caña; otros más y al cabo de media hora, apenas si dos pesos nos quedaban. "Ya no bebas, Chamula; acuérdate... hoy..." ¡Todo inútil!

Tenía roja la cara, inyectados los ojos; parecía irradiarle fuego por todo el cuerpo.

—Esta noche... sí; por allá... Otra de caña sin naranja.

Y justamente cuando iban a servírsela, cogióme fuertemente de un brazo, buscó asiento y, tal le ví, que hube de rogarle se acostase mientras daba aviso a la corporación: era necesario ir a la enfermería. Y esta palabra produjo el golpe. ¡La Enfermería!

Para él, como para todos, esta palabra significa un adiós a la esperanza... dicho sea sin ofender a los doctores. Al oírla me derribó emprendiendo carrera desesperada hacia el monte... por allá; donde según su decir, debíamos dirigirnos para ir a Chiapas.

—¡Chamula! ¡Chamula...! ¡Oye!
Hubiera ido a caer no sé a qué parte, a no haber aparecido por la vía Sóstenes con otros dos capataces.

Algo debió decirle Sóstenes al cerrarle el paso; yo vi al infeliz bambolearse un

momento y cuando llegué, tenía los ojos abiertos, desmesuradamente abiertos, como si de una sola mirada hubiese querido abarcar la enormidad de su desgracia. Fijos los ojos en Sóstenes, repetía sin darse cuenta: Sí, mi jefecito... sí, mi jefecito..." Y cayó.

¡La perniciosa!

De ella lo sepultaron al día siguiente. Yo no fuí a San Isidro... ¿para qué?

No era menester ir al cementerio para estar a su vera en aquella su soñada deserción.

¡Ya le haré compañía!

MARIHUANO

UN par de ojillos insignificantes; una frente majestuosa, casi un edificio apuntalado por su enorme nariz—y para la existencia de tal nariz era pretexto aquella cara—; lacio y escaso el pelo; cargado de espaldas; la cabeza encajada más que puesta en un cuerpo diminuto... Samuel (a) el Ratón.

Un tipo lleno de vueltas; todo requilorios; un tórculo. Uno de esos tipos que escupen por el colmillo y baten chocolate en seco al platicar; una cabeza sin carácter; encontrados los ojos; labios delgados; lampiño él... Natividad.

Un especie de gallardetón rematado por las puntas en dos enormes y huesudos pies; desvaído, largo como deseo de

pobre; brazos robustos, de manazas siempre cerradas y golpeando al aire. Mal acomodada en el cuello enorme, una cacabecita capaz de caber dentro de la palma de la mano; terne y decididor con quien le entraba por el ojo derecho; insolente o reservado con todos los demás... Felipe.

Un tipo así, como Dios le hizo, un tanto corregido y aumentado por su propia iniciativa... Yo.

Nos llamaban "El cuatro venidor."

Se nos atribuía ser unidos porque nos dedicábamos a la *chamba fina* y hasta levantábamos a la callandita nuestros "guatos." No es verdad.

Estábamos reunidos, porque, sin modestia, excepción hecha de uno que luego resultó ser un hipócrita, creíamos ser de lo menos peor de la camada.

Por disposición superior, se nos concedería, de entonces más, el sábado de cada semana para lavarnos, y bueno es decirlo: las armazones de ropa que cada uno traíamos, nuestro dinero nos costaban; pues aunque en el acarreo de la piedra y demás faenas se nos despedazasen, cuando fuimos con el capitán a exponerle lo justo de su reposición por otras nuevas, contestó:

—Hombre, me gusta. ¿Ven? Me falta un dedo en esta pata. Pés cuando trabajaba como ustedes, me lo rebanó un truke... Si mi pata, y esa sí valía la pena, no me la repusieron ¿van a reponer a ustedes sus hilachas? ¡Media vuelta!

Allí estábamos todos diseminados aseando nuestros guñapos. Quienes sobre las piedras; otros sobre cajones; los más aprovechando los charcos formados en el suelo.

Protestaban los vecinos contra las inmundicias dejadas, tales días, en los sitios utilizados como lavaderos. Nos conformábamos pensando: Será un mal, pero no pasa de serlo relativo; díganlo si no los innúmeros marranos que libres transitan por las calles, y saben a donde ocurrir los sábados al festín. No bien concluimos la tarea, se entregan a una loca bacanal y con delectación unciosa parecen decirnos que todo es cuestión de pareceres y por su parte lo encuentran muy bien.

Al calentar el sol, despedíase del lugar en donde la faena se desempeñaba, un olor que no es para descrito.

Cierto: había lavaderos públicos, pero se tenían reservados para las mujeres, si

deseaban ocuparlos. Debíase a eso que, inaugurados dos años atrás, estuviesen aún flamantes: en lugares donde las mujeres escasean, sobran ocupaciones más lucrativas para ocuparse de faenas tan pesadas.

*
**

Desnudo casi; sentado en el brocal de un pozo; agobiado por el fardo de su espalda, en tanto nuestras ropas se secaban, noticióme Samuel haber leído uno de mis cuentos, sin haberlo entendido como él quisiera.

—Así, por ejemplo: ¿Florencio llega a matar al amo?

Como le contestara afirmativamente, insistió en desaprobarlo.

—Porque imagínate: ¿cuál será la suerte de Florencio? Ya lo sé, con la muerte del amo termina el libro; pero de seguir el cuento ¿qué harían con Florencio?

—No sé; yo supongo aprehenderle.

—Eso, aprehenderle, y cuando llegue el término de la preparatoria... al Territorio con él. No sé de cual bicho me dijiste que tenía muchas cabezas, y cuantas veces le cortaban una, otras más le nacían. Así Florencio; mata al amo y

sus haciendas pasarán a los ocho hijos... por un amo muerto, vendrán ocho. Matar un amo, mientras viva *el amo*, no es gran cosa.

Y recordó al suyo; cómo le tenía copiando eternamente del borrador al libro diario, para recoger, por todo, treinta pesos mensuales.

Es verdad, vió el cielo abierto cuando tal empleo encontró; pero, como altura ganada no pasa de ser un escalón para el deseo siguiente, el deseo de parecerle bien a Catalina, la hija del patrón, vino a corromper su buen propósito.

Reía Samuel a más y mejor del buen don Fidencio. Celoso de cuantos le rondaban la muchacha, no bien divisaba un tenorio, cogía su "San Expedito," como el llamaba al bastón, y paseaba por la banqueta de la casa mirando con aire furibundo al pretendiente, mientras hacía cabriolas con el bastón.

Por supuesto, venía aquello de molde al par de tórtolos.

—Debes asistir el domingo a los premios—. Le dijo un día Catalina.

Esa fué la caída de Samuel. No era cosa de presentarse con su vestido, en mejores días negro, y ahora de color acei-

tunado indefinible; luego, por uno de los codos amenazaba salirse el brazo entero. Y tras de mucho pensarlo, y después de haber caminado todo un día a caza de un préstamo de quince pesos pagaderos a fin de mes, resolvióse por mal de sus pecados a tomar del cajón lo necesario y... sabido es: quien no tiene vocación para el oficio, hace ensayos fatales, y así salió él. Le cogieron la mano en actitud que no era para discutida, y adiós Catalina y flux nuevo. Al mes estaba camino del Territorio.

De los "honorables" fracasados sale un compuesto absurdo. A no habernos unido los cuatro, mal la hubiéramos pasado y Samuel como ninguno.

Las tareas más fuertes a Samuel.

¿Algo se perdía en la cuadra? El Ratón había sido y ¡a la brecha con él! Fué en la brecha donde contrajo las calenturas y un acceso del cual por milagro escapó. Cuando le encontraba el médico de la enfermería, se contoneaba diciendo a sus acompañantes: "Un triunfo, un verdadero triunfo." Y afirmaba que el paludismo, lejos de inmunizar, disponía el cuerpo a recibir accesos de forma peor; debía andarse con tiento, porque a la próxima,

pués de todo ¿a qué empeñarme en hacerle creer algo que para mí mismo resultaba increíble?

Era un día juguetón.

El monte parecía remozado; jugaban las nubes y el sol a las escondidillas, y en tanto ellas dejaban caer su llovizna, el sol se ocultaba tras ésta, tras la otra, hasta llegar un momento en que las sorprendía en flagrante delito de lluvia, y la lluvia con sol era una risa tendida, franca, comunicativa.

Sentí deseos de saludarla y no sé cómo fué; pero al divisar el jacal, algo me azotó con crueldad en pleno rostro... ¡Vació! Encima de la piedra cilíndrica encontré un papel escrito con lápiz y en él me decía: "Comparando cuanto me oías con lo que hago, te pareceré hipócrita. Si yo pudiera explicarte por qué me voy con el sargento H... te lo diría, pero no lo entiendo; ni yo misma lo entiendo. Adiós, tu agradecida, Anita."

De entonces comenzó su vida cruel, desordenada; dejó de ser la mujer tímida y dulce, y mucho tiempo ostentó en la cara el sargento aquel los tremendos araña-

zos recibidos el día en que le abandonó por seguir a un capitán del mismo batallón. Vistió de seda, y los chales y artículos de toda especie pedidos en las tiendas, hicieron respetables sumas satisfechas religiosamente por cuantos oficiales y jefes se la disputaron.

Y se la vió con los operarios provocados por ella a seguirla al monte en donde se les entregaba. Y se la vió en compañía de mujeres de la peor especie, desecho de los mismos reclutas, a quienes trataba cariñosamente.

Quedó por esos días en libertad Saturnino, y aun cuando le ocultamos lo ocurrido, la suerte, de una buena vez, presentó ante sus ojos la enormidad de la caída. Al doblar de una calle nos encontramos frente a frente de Anita. Venía cogida del brazo de *la China*; vestía una falda de seda amarilla de mal hecho corte, recargada de encajes y adornos, tan altos de precio, como ayunos de gusto; salpicada toda ella de manchones de grasa, vino... que sé yo. Enlodada la orla del vestido que le colgaba por delante, lo cual la hacía tropezar a cada paso, y arrastrando por una de las puntas el chal. En la cabeza desgreñada un moño

rojo, escandaloso, la azotaba la frente con saltos de epiléptico, al menor movimiento.

Sujeté a Saturnino y ella se cogió fuertemente al brazo de *la China*, dirigiendo a su esposo una mirada mezcla de angustia, tal vez del íntimo convencimiento de que entre ella y él había concluido todo... todo...

Luego cogió la manga de seda de su blusa, sonóse estrepitosamente y a continuación, con la mayor naturalidad, sin preocuparse tan siquiera de cambiar el sitio de la manga, se limpió la boca balbuceando con el aire acoquinado de criatura cogida en falta:

—Tú... explícale... yo no entiendo, no lo entiendo... Y se pasó de largo bamboleándose de puro ebria.

—¡Es necesario salir de aquí; al muelle, la brecha, donde sea... pero necesito irme—. Aprovechando la consideración que me guardaba el jefe del detall, obtuve para Saturnino la plaza de engrasador en el ferrocarril y esto significaba la ventaja de traerle continuamente en viaje... de traernos mejor dicho, pues al poco tiempo me comisionaron de pasaleña.

El paralelo de las rutas seguidas por aquellas almas, marcó desde ese día mi